

¡Ay! cuando á luz naciste
 Para salvar la tierra
 Al mal te sometiste
 De su fatal mansion:
 Y del dolor que encierra
 La bárbara agonía,
 Pronto ¡ay de tí! debía
 Herir tu corazon.

En vano consagrabas
 La flor de tu pureza
 Al Dios de quien enviabas
 Tu corazon en pós:
 Su rayo se encendia
 Sobre tu real cabeza,
 Y que acatar habia
 La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
 Dias de llanto, en cuyas lentas horas
 Se debian llenar los tenebrosos
 Designios del Señor. El solamente
 Penetraba el hondísimo misterio
 De nuestra Redencion: su sábia mente
 Percibía no más la luz futura
 Que, para bien de la terrena gente,
 Iba á alumbrar la lobreguez impura
 De su mansion: su poderosa mano
 Preparaba á los tiempos el camino:
 Y momento á momento, grano á grano
 Iba en la eternidad inmensurable
 Arrojando implacable
 Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
 Aguardando el instante pavoroso
 En que del gran misterio tenebroso

La justicia de Dios rasgará el velo;
 Y temblaban las almas
 De Abraham en el limbo detenidas
 Ansiando, de él para salir, las palmas
 Por el cielo á los justos prometidas:
 Y temblaba el monarca del infierno
 Esperando en sus lóbregas moradas
 El punto en que sus puertas quebrantadas
 Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
 Su porvenir recóndito ignoraba,
 Y ya el ángel precito adivinaba
 Los destinos futuros de MARIA.
 La voluntad de Dios no le dejaba
 Llegar de la dichosa Nazarena
 Al alma virginal, que vió en el mundo
 Entrar de culpa original agena;
 Y en su saber y en su furor profundo
 Sentía el pié de la que así nacía
 Hollar triunfante su cerviz impía.
 Ella empero ignorante
 Del porvenir augusto, orando á solas
 Consigo misma y del Señor delante,
 Del mar del porvenir no percibía
 Crecer y embriavecerse á cada instante
 El viento ajado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
 Que ligaban su espíritu á la tierra
 Antes que el gérmen que su sangre encierra
 Fecundara el aliento omnipotente,
 Y recibieran sus maternos brazos
 Al rey eterno de la humana gente.
 Era preciso que la flor de mayo
 Sobre su tallo se apoyara sola,
 Para que el fuego asolador del rayo
 Cayese enteró en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
 Bella sin par entre las mas hermosas
 Que por las sendas de la tierra oscuras,
 Obediente á las leyes misteriosas
 De Jehováh, tus huellas
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
 De hoy mas tan solo pisarán espinas.

Antes que sus virtudes salvadoras
 De tu alta gracia el talisman ejerza
 En pró de nuestras almas pecadoras,
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
 Que huérfana te veas, que devores
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes

Para ser el consuelo de los tristes,
 Fuerza será que con los tristes llores;
 Fuerza es, oh madre del amor divino!
 La hiel que apures del pesar humano;
 Es fuerza que al dolor de tu destino;
 No se iguale jamás dolor humano,
 Para que al darte de su madre el nombre,
 En su aflicción, tu nombre soberano,
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
 Se corone tu cándida cabeza,
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales;
 Apresta, pues, tu alma á la fiereza
 De tus hondos destinos celestiales,
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquín, la vista fija
 En su hermosa Miriam, su domicilio
 Mudó á Jerusalem, y al pié del templo,
 Para vivir más cerca de su hija,
 Compró, de sus parientes con auxilio,
 Una pobre mansion, donde él y Ana

Eran, de amor y de virtud ejemplo,
 Muestra viviente de bondad humana.
 Hacia ya dos lustros que no oía
 El rumor de los olmos y las cañas
 De Nazareth, cuando al morir de un día
 De otoño el tibio sol, sintió que hería
 La mano de la muerte sus entrañas.
 Su último aliento recogió en el pecho
 Por alargar un punto la existencia,
 Su alma con religiosa diligencia
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
 Su postrimer deseo procurando
 Ana cumplir, al templo fué llorando
 Al sumo Sacerdote Zacarías
 A avisar que llegaba
 Su esposo al fin de sus cansados días.
 Acudió presuroso
 El sacerdote austero
 A la mansion del moribundo esposo.
 Mas no llegó el primero:
 Ya su faz con sus lágrimas regaba
 MARIA, que con paso más ligero
 De llegar acababa,
 Y que á las manos de su padre asida
 Tal vez con sus suspiros intentaba
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
 El espirante padre al sacerdote
 Encomendó cuanto en el triste mundo
 Dejaba: la hija que á sus piés gemia
 Y la muger con quien partido habia
 En la prosperidad y en la indigencia
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados
 Por el Señor en su postrer instante,
 El glorioso esplendor, el sol brillante
 Percibió de los días reservados
 A aquella hija divina que le llora,
 Y una sonrisa iluminó el semblante
 Del noble viejo, luz consoladora
 Que le mostró su eternidad radiante:
 Y sus manos poniendo en la cabeza
 De aquella hija del mundo salvadora
 Espiró sin congoja ni agonía,
 Del alma pura la mortal corteza
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
 La noble virgen y la madre anciana,
 Y sobre el mármol que á su bien encierra
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.

Quando de llantó el natural tributo
 Pagó al amor su corazón doliente,
 Del mármol se alejaron tristemente
 Para esconder su soledad y luto
 La hija del templo bajo el áureo techo,
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues... es una tarde
 Apacible y serena;
 El sol, de luz en el postrer alarde,
 De rojo resplandor el aire llena,
 Y su esplendente claridad tendiendo
 Por la estension del cárdeno horizonté
 Como un manto de púrpura, derrama
 Desde la cima del escelso monte
 Su temblorosa llama,
 Que como vasto incendio reverbera,
 Con su postrer fulgor enrojeciendo
 Valle, bosque, ciudad, rio y praderá.

El dia de la fiesta de las flores
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha
 El suave són del cántico sonoro
 Del templo, y por los aires se levanta
 El humo azul del incensario de oro,
 Que con el áura al elevarse lucha,

Fugaz lamiendo la techumbre santa
 MARIA, de las *almas* entre el coro,
 Acompañada del salterio canta
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
 En cuanto abarca su ámbito invisible
 Desde el zenit al háratro profundo,
 Mudo y atento para oír se inclina
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
 Derramado se esparce por el viento,
 Y embelesa el oído
 De todo sér, y ahoga todo ruido
 Que existe en aire, tierra y firmamento;
 Y á los acentos de su voz süaves
 Las rumorosas auras se adormecen,
 Las sonoras corrientes enmudecen,
 El eco olvidan de su voz las aves,
 Y en su lecho de arena movediza
 Lentas las olas de la mar se mecen,
 Y el agua amarga que su són hechiza,
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios, que como rey domina
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
 Ningun encanto á su favor inclina,

Como el poder de los humanos reyes,
 Las fuentes del dolor abre entretanto
 En la alma de Miriam, y en sus enojos
 Aguarda el fin de su armonioso canto,
 Segunda vez para anegar en llanto
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano Levita, á quien seguía
 Una muger cubierta con un velo,
 La ceremonia al concluir y el día
 La instó á seguirle con doliente anhelo.
 Obedeció la cándida doncella,
 Y del materno hogar á la morada
 De ambos detras encaminó la huella.
 Al umbral de su puerta aglomerada
 Reunion de mugeres silenciosa
 Esperaba sin duda su llegada,
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa.
 “¿Qué es esto, hermanas mias?”
 Preguntólas Miriam sobresaltada.
 “¿Por qué en el mas alegre de los dias
 “Delante de mis puertas os encuentro
 “Veladas, taciturnas y sombrías?
 “¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?”
 Mas las mugeres á su voz callaron,
 Y apartándose ante ella, de la puerta
 El paso la franquearon.

Con angustiado afan, con planta incierta,
 En la morada penetró MARIA,
 Y en la primera estancia que halló abierta,
 Donde una turbia lámpara lucia,
 A su madre encontró.—No estaba muerta
 La anciana todavía:—No estaba muerta
 Mas con la vista próxima á apagarse
 La buscaba afanosa,
 Incapaz de explicarse
 Con voz ni con accion mas cariñosa,
 Sonreir dulcemente
 La vió la hija infeliz al acercarse
 Al solitario lecho,
 Y al abrazarla con filial ternura,
 Con el postrer aliento de su pecho
 Un beso maternal grabó en su frente,
 Y al querer la divina criatura
 Volvérselo á su vez, su boca pura
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
 Por el impulso repentino herida,
 De la madre perdida
 Cayó sobre los míseros despojos,
 Llenos quedando en su dolor inmenso
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente dia
 La misma tumba que á Joaquin encierra,
 De la esposa el cadáver recibia,
 Sobre el ház de la tierra
 Sola quedaba en orfandad MARIA:
 Mas de Dios á los fallos resignada,
 De religiosa abnegacion ejemplo,
 A la merced de Dios encomendada
 Al amparo de Dios volvióse al templo.